

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
CLAUSURA DEL AÑO SANTO DE LA MISERICORDIA

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

13 de noviembre de 2016

Mal 3, 19-20; 2 Tes 3, 7-12; Lc 21, 5-19

No es fácil comprender este fragmento del Evangelio que acaba de ser proclamado. Pero acerquémonos al texto, hermanos y hermanas, con humildad para sacar algún provecho espiritual.

Jesús habla primero de la destrucción del templo de Jerusalén como de algo cercano, si bien la creencia popular consideraba que duraría para siempre. El templo era muy nuevo; prácticamente había sido acabada la construcción pocos años antes. Pero el Señor anuncia su ruina porque el pueblo de Israel había rechazado acogerlo a él como enviado de Dios. Y, ciertamente, el templo fue destruido, junto con la ciudad de Jerusalén, por las legiones romanas en el año 70 después de Cristo; del templo, no quedó *pedra sobre piedra*, tal como había dicho, sólo quedó su pie un fragmento de uno de los muros, que aún se puede contemplar hoy. De todos modos, en la economía de la nueva alianza, el templo quedaba superado porque el nuevo templo de Dios en medio de la humanidad es Jesucristo (cf. Jn 2, 21). Jesús anuncia la destrucción del templo, pero dice que esto no será todavía el fin del mundo.

En un segundo lugar, les habla del tiempo que habrá entre la destrucción del templo y el fin del mundo. Es decir, habla de nuestros tiempos. Y dice que habrá falsos mesías, falsos profetas que hablarán con una autoridad similar a la de él pero que querrán corregir su palabra evangélica, prometerán la salvación de todos los males y anunciarán la inmediatez del fin del mundo. No se les debe hacer caso: *no vayáis tras ellos*, dice Jesús. Son todas las ideologías que ha habido a lo largo de la historia y las que hay todavía hoy que prometen el bienestar fácil y el paraíso en la tierra; son las ideologías de tipo económico, social, político, filosófico, etc. que pueden parecer atractivos pero que están en contradicción con la palabra de Jesús.

En tercer lugar, habla de las guerras, de las revueltas, del hambre, de la peste y de las catástrofes naturales. Tampoco todo esto pertenece al fin del mundo, dice. Pertenece a la historia humana con sus ambiciones y con su falta de respeto a las personas sencillas y a los pueblos, y con la voluntad de dominar, de hacer dinero, de imponer un sistema de vida que margina a los pobres y a los pequeños. Tampoco pertenecen al fin del mundo, dice Jesús, los desastres naturales; pertenecen a la debilidad de la naturaleza, de la creación, que son realidades maravillosas, pero no son perfectas, continúan en proceso de evolución. Y lo mismo se puede decir de la fragilidad de la condición humana. No es en esta tierra donde la humanidad tiene la ciudad definitiva.

Y, finalmente, Jesús habla de cómo sus discípulos debemos vivir todas estas situaciones antes de que llegue el fin del mundo. No nos promete una vida tranquila; encontraremos acusaciones falsas, persecuciones, traiciones y odio, a veces incluso dentro de la familia y entre los amigos. Constatamos como esto es así en muchas partes del mundo donde los cristianos son perseguidos a causa de su fe y de su defensa de la justicia. También en nuestras latitudes aparecen incomprendimientos, actitudes hostiles, amenazas. Ante todo esto, Jesús nos dice lo que tenemos que hacer, y este es el mensaje central del evangelio de hoy: *con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas*. Es decir, vivir las situaciones difíciles y dolorosas con perseverancia, arraigados firmemente en su palabra, confiando en su asistencia en lo más íntimo de nosotros: *yo -dice- os daré palabras y sabiduría*. Y confiando, también,

en la providencia misericordiosa del Padre que nos asegura que: *ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.*

No nos debe sorprender, pues, que de vez en cuando rebroten en la sociedad actitudes hostiles al hecho cristiano y al anuncio que hace la Iglesia. Forma parte del programa que nos ha prometido el Señor. Pero esto no es camino de derrota sino de ganar *para siempre* nuestra vida. Estamos en un mundo convulso, con amenazas y con miedos a nivel internacional, con incertidumbres sobre el futuro más inmediato a nivel económico, social, político; con los dramas de los refugiados y de los países en guerra. La situación en un lado y al otro del Atlántico así como en Oriente Medio y en diversos lugares de África no es muy halagüeña. El cristiano que quiere ser fiel a la palabra de Jesús, camina, pues, en medio de las dificultades del mundo presente pero con la certeza de que avanza hacia un futuro divinamente feliz, que ya ha empezado a hacerse presente y que experimenta en su interior por la fe y la oración. Y esto le hace vivir con esperanza, con alegría y con el deseo de comprometerse a construir un mundo mejor, más justo y pacificado. Nosotros lo tendremos que hacer hasta que llegue el término de nuestra vida sobre la tierra. Después otros cristianos continuarán viviendo la fe, sufriendo *con perseverancia*, y trabajando a favor de los hermanos y hermanas en humanidad. Y así hasta el final de la historia. No sabemos cuándo será, pero sabemos que vendrá un momento en el que se acabará nuestro sistema solar. Mientras, sin embargo, los discípulos de Jesús tendremos que continuar la tarea que él nos encomendó con la certeza de que él nos acompaña y con la esperanza de que él nos dará *la vida para siempre*.

Hoy se concluye en las Iglesias particulares del Año Santo de la Misericordia. Ha sido un tiempo de gracia para tomar conciencia del amor misericordioso que el Padre nos tiene, para acogerlo y para ser testigos y agentes de misericordia en nuestro entorno y en la construcción de la sociedad. Al término de este Año Santo, damos gracias a Dios por los dones que ha hecho a tantas y tantas personas, particularmente por los que ha otorgado en esta nuestra basílica. Y con la acción de gracias, renovamos el compromiso de continuar acogiendo la misericordia del Padre y de perseverar con constancia, tal como pide el evangelio de hoy, ante las dificultades que puedan venir. Se acaba el año dedicado a profundizar la misericordia que Dios tiene a la humanidad; pero no se acaba la misericordia de Dios. Por eso siempre podemos volver a confiar en su misericordia, que él no se cansa nunca de amarnos y de abajarse hasta nuestra situación concreta.

La prueba es el sacramento de la Eucaristía, en el que día tras día y año tras año, hasta el fin del mundo, nos comunica su amor entrañable y eterno.